

Philippe Claudel

BAJO EL ÁRBOL  
DE LOS TORAYA

Traducción del francés de  
José Antonio Soriano Marco



salamandra

Título original: *L'arbre du pays Toraja*

Ilustración de la cubierta: plainpicture.com

Copyright © Éditions Stock, 2016

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

*Gimme Shelter* (Keith Richards / Mick Jagger)

© 1969 AKBCO Music Inc / Westminster Music Ltd

Used by permission of EMI Music Publishing France

*Mysteries*: Words & Music by Beth Gibbons & Paul Webb

© Copyright 2002 Universal Music Publishing Limited /

Chrysalis Music Limited, a BMG Chrysalis Company.

All Rights Reserved. International Copyright Secured.

Used by permission of Music Sales Limited.

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-782-7

Depósito legal: B-4.848-2017

1ª edición, abril de 2017

*Printed in Spain*

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1  
Capellades, Barcelona

*God knows how I adore life  
When the wind turns  
On a shore lies another day  
I cannot ask for more.*

Beth Gibbons



# 1

Los toraya viven en la isla Célebes. Son un pueblo cuya existencia está obsesivamente marcada por la muerte. Cuando fallece un toraya, la organización de su funeral se prolonga durante semanas, meses, a veces años. Lo deseable es que asistan a la ceremonia todos los parientes del difunto, lo que puede suponer miles de personas desperdigadas por el archipiélago indonesio, o incluso fuera de él. El viaje, el alojamiento y la alimentación corren a cargo de sus familiares, que con frecuencia deben contraer fuertes deudas para poder respetar la tradición.

Para hospedar a los invitados se construyen casas de madera finas y gráciles como barcas. En previsión de los banquetes se compra ganado. Se sacrificarán cerdos y búfalos para acompañar al difunto. Durante todo ese tiempo se conserva el cuerpo de quien aún no es considerado un muerto, sino un enfermo, un *to masaki*, en la lengua de los toraya.

La tumba en la que será inhumado se excava directamente en la roca de ciertos acantilados sagrados. En

esos sepulcros en forma de nicho descansan los restos de los miembros de una misma familia, custodiados por ídolos de madera. Al cabo de un tiempo, los ataúdes se pudren y se abren. Los huesos quedan esparcidos por el suelo, mezclados con la tierra y las hojas.

En la primavera de 2012 recorrí la tierra de los toraya. En su isla, que aún no conocía, volví a encontrar lo que siempre me ha gustado de Indonesia: sus gentes tranquilas y risueñas; sus paisajes ondulantes, a veces escarpados, con su muestrario infinito de verdes, desde el más claro hasta el más mate; su cielo, que puede ser amplio y azul y volverse vertical al día siguiente, un collage de altas nubes de plomo que revientan de pronto para dejar caer una lluvia cálida sobre bosques, caminos y arrozales; sus noches, que llegan temprano, repentinamente, y desencadenan un aullar de insectos y lagartos; el placer de tomarse una cerveza helada mientras saboreas un *nasi goreng* o unos *satés* de cabra en una acera, sentado en una silla de plástico pensada para un gnomo, o el de fumarse un *kretek* con aroma a nuez moscada y canela.

Cerca de un pueblo toraya situado en un claro, me mostraron un árbol peculiar. Imponente y majestuoso, se alza en una pendiente del bosque, a unos cientos de metros de las casas. Es una sepultura reservada a los niños de muy corta edad, fallecidos durante los primeros meses de vida. En el tronco del árbol se excava un hoyo. En su interior se deposita el pequeño cadáver envuelto en una sábana. El sepulcro leñoso se cierra con un entramado de ramas y tela. Lentamente, con el paso de los años, la madera del árbol vuelve a cerrarse y guarda el cuerpo del niño en su propio y enorme

cuerpo, bajo su corteza soldada de nuevo. Comienza entonces el viaje que lo elevará poco a poco al cielo, según el pausado ritmo del crecimiento del árbol.

Nosotros enterramos a nuestros muertos. O los quemamos. Nunca se nos habría ocurrido confiárselos a los árboles, aunque no nos faltan bosques ni imaginación. Pero nuestras creencias se han vuelto vacías, carentes de eco. Perpetuamos rituales que a la mayoría nos costaría mucho explicar. Nuestro mundo vive de espaldas a la muerte. Los toraya la han convertido en el centro del suyo. ¿Quién tiene razón?

Esa misma noche, mientras bebía cervezas y fumaba *kreteks* en el balconcito de mi habitación del hotel, volví a pensar en el árbol, en su madera, alimentada por huesos frágiles y carne desaparecida. Abajo, unas ancianas estadounidenses reían a carcajadas mientras acababan de cenar en la terraza del restaurante. Me había cruzado con ellas al regresar al hotel. Iban calzadas con deportivas rosa y vestían pantalones caqui de explorador llenos de bolsillos, camisas de algodón y chalecos de reportero de guerra. Sus cabezas estaban coronadas por cabellos blancos, malva y, en algún caso, violeta. Todas tenían la misma nariz rehecha, los mismos ojos estirados, los mismos labios rellenados. Habían alcanzado el tramo final de sus vidas, pero sus rostros exhibían los rasgos abstractos y esquemáticos característicos de las jóvenes artificiales, todas idénticas. Parecían muñecas escapadas de una tienda que vendiera artículos monstruosos a no se sabe qué clientela. Pensé en todas las estrategias inútiles que aplicamos a nuestros cuerpos para engañar al tiempo y a nuestros miedos.

Frente a mí, en la noche indonesia, mientras disfrutaba del aroma de los cigarrillos, adivinaba las siluetas más claras de los búfalos que, de pie en medio de los arrozales, dormitaban con la cabeza inclinada hacia el barro. La llovizna y una tenue bruma caían sobre sus cuerpos inmóviles. Parecían de otra época. Los sentía medio borrados. Pensé en la desaparición. En la llegada al mundo. En esa danza incoherente, unas veces hermosa y otras grotesca, que es nuestra vida. También en nuestro fin. Los sapos parloteaban. Unos murciélagos enormes libraban un duelo silencioso por encima de mi cabeza. Había cumplido cincuenta años tres meses antes. ¿Significaba eso algo?

Como de costumbre, tenía un libro al lado. Esa noche era *El viaje nupcial*, de Ismail Kadaré, que releo al menos cada dos años. Es una historia muy hermosa de promesas, muerte, fantasmas y cabalgadas. Y de invierno, la estación del año en la que siempre he sentido que me convierto en quien soy realmente. Tenía un cuaderno y una pluma —comprada más de diez años atrás en un mercado de Saigón— que hace honor a su nombre, porque es muy ligera. Ya no recuerdo si tomé notas mientras pensaba en el árbol y su corteza cerrada sobre los cuerpecillos invisibles. No estoy seguro: a veces, donde mejor se escribe es en la propia cabeza. Estaba entre dos películas, en ese difícil momento en que uno se cuestiona lo que hace y se pregunta si merece la pena hacerlo, si tiene algún sentido. Cuando uno está aún menos seguro de si debe continuar.

Mi último largometraje había obtenido una tibia acogida. El público no había abarrotado las salas. Había corrido mejor suerte en el extranjero, en la decena



de países en los que se había estrenado y a los que yo lo había acompañado para responder una y otra vez las mismas preguntas, exhibir la misma sonrisa para los fotógrafos y encontrarme solo por la noche en la habitación del hotel, contemplando las botellitas del minibar como si fueran compañeras de infortunio. Tras la gira, había decidido olvidarme de esa película que se había tragado dos años de mi vida, pasar página en mi interior y marcharme a la isla Célebes con un renovado deseo de imágenes que empezaba a apuntar, todavía vago y borroso, a la espera de una concreción que pensaba perfilar sin ninguna prisa. Hace mucho tiempo ya que comprendí que no «hacemos» las películas, sino que son ellas las que nacen de nosotros y toman forma como y cuando les parece.

Las ancianas estadounidenses se habían callado. Debían de haber vuelto a sus habitaciones. Me las imaginé solas ante el espejo del cuarto de baño, contemplando sus rostros falsos y leyendo su verdadera edad en el fondo de sus ojos tristes. Toda mentira conlleva su amarga caída.

Tres días después volví a Francia. En cuanto entré en casa, dejé la maleta en el suelo y me bebí un vaso de agua del grifo mirando a mi alrededor. Tenía la sensación de haber llegado a un país extranjero. Por supuesto, los olores eran conocidos, pero pertenecían a una estación y una ciudad de las que me había ausentado y en las que aún no había vuelto a encontrar mi sitio. El parquet crujía bajo mis pies. En los alféizares de las ventanas, las moscas muertas terminaban de apergaminarse colectivamente, con las patas estiradas hacia el techo. Seguía considerándome alguien corriente y a

la vez exótico. Seguía teniendo en la boca el peculiar sabor de los *kreteks*.

Sin embargo, oía en lo alto sonidos familiares, en especial el piano desafinado del señor Bellagar, el vecino del octavo, un anciano medio ciego cuyo rostro y encorbatada elegancia me recuerdan un poco a Jorge Luis Borges y que se pasa horas tocando melancólicas melodías de la Europa central.

Di una vuelta por las habitaciones, lo que se hace pronto, porque sólo son tres, y escuché los mensajes acumulados en el contestador, que parpadeaba en una mesita del salón, al lado de la fotografía de Florence, mi ex mujer, que me sonreía. Entre ellos descubrí el de Eugène: «Te vas a reír —decía—. Tengo un cáncer de los malos.»

## 2

Lo cierto es que no me reí, pero confieso que esboqué una sonrisa. De dolor, supongo. O más bien de tristeza. Por despecho. Una sonrisa de jugador de ajedrez vencido por otro mejor que él. Desde hace unos años, la muerte me rodea. Intenta acorralarme. Acercarse a mí todo lo que puede. Para tantearme un poco. ¿Para hacerme comprender que envejezco? ¿Que debo esperarla? ¿Que el partido ha empezado aunque yo tenga la sensación de que sigo en el vestuario? Tal vez.

Recordé que había pegado una pequeña reproducción de un grabado de Durero en uno de los numerosos cuadernos en los que se amontonan notas que nunca releo. En él se ve a una pareja de jóvenes enamorados que se abrazan mientras, unos metros detrás de ellos, medio oculta tras un árbol, la Muerte los mira. Es una representación edificante, esqueleto, guadaña, y el mensaje resulta sencillo: toda belleza florece a la sombra del peligro postrero. Olvidamos nuestra condición efímera, mas nuestra vida transcurre bajo la mirada de aquella que no nos olvidará. ¿Debemos incorporarla a

nuestro día a día como hacen los toraya? ¿Viven ellos mejor que nosotros?

Siempre me ha impresionado lo que dice Montaigne acerca de que «filosofar es aprender a morir» y de que «lo difícil no es la muerte sino el morir». No soy un hombre del siglo XVI, acostumbrado a las epidemias, las guerras, la pérdida repentina y frecuente de amigos, parientes e hijos, para quien alguien de cuarenta años ya era un viejo. Pero la literatura, lo que leemos, cala en nosotros con la profundidad de un cuchillo clavado en un órgano, aunque no comprometa realmente el «pronóstico vital» (siempre me ha encantado esta expresión, porque asocia una palabra ligera, «pronóstico», válida para el horóscopo, las apuestas y la meteorología, con un adjetivo que nos hace temblar como hojas). Por otra parte, si se tiene buena salud, ¿cuándo empieza a «comprometerse», sin que uno lo sepa, el dichoso pronóstico? Al hablar así de éste es como si uno fuera un marinero en un muelle, esperando su navío.

Nada temo por mí mismo. Lo que no conozco no me asusta, al contrario seguramente de los primeros hombres en los albores de la humanidad, cuyo terror nacía precisamente de lo desconocido. Como habitante del comienzo del tercer milenio, soy consciente de la medida en que mi entorno es potencialmente letal. Hemos convertido el planeta en un viejo amasijo tóxico, y nuestras sociedades, con sus relucientes escaparates, en inmensos vertederos camuflados, repletos de venenos y cargas explosivas. No, mi miedo no procede de la falta de conocimientos, sino de la sobreabundancia de los mismos, y, por supuesto, temo más la desaparición de quienes me rodean que la mía, lo que no es, como

podría creerse, lo contrario del egoísmo, sino su forma más depurada.

Llamé a Eugène, que descolgó de inmediato. Su voz era alegre. Normal. Intentó hacerme hablar de mi viaje y yo a él de su cáncer. Fue un diálogo de sordos que zanjamos rápidamente con la promesa de cenar juntos esa misma noche.

Mi maleta seguía en la entrada del piso. De repente, la imagen me impresionó. Viéndola allí, un extraño no habría sabido decir si indicaba un regreso o una partida. Eso me llevó a preguntarme cómo podemos tener la pretensión de desentrañar ciertos misterios insondables si a veces somos incapaces de descubrir la verdad sobre cosas tan sencillas como ésa.

Mientras me duchaba pensé en Eugène. En cómo iba a mirarlo, abrazarlo. ¿Debía mostrarme preocupado o confiado? ¿Animado o serio? ¿Tenía que abordar el tema directamente o dejarle la iniciativa? El agua caliente me resbalaba por los hombros. Llevaba diez minutos allí, pero seguía sin saber cómo iba a comportarme con él. De pronto me sentí ridículo. ¿Qué necesidad tenía de preparar nuestro reencuentro? No era una entrevista de trabajo ni un examen oral. Comprendí en qué medida la noticia que me había dado cambiaba la situación. Hasta qué punto el hecho de que me hubiera dicho que tenía cáncer modificaba mi percepción de él, como si ahora que padecía esa enfermedad ya no fuera el hombre que yo conocía, sino alguien en parte desconocido con quien aún no sabía cómo comportarme.

En nuestra sociedad, la palabra «cáncer» suena como la antesala de la muerte. Un cáncer no se cura.

En el mejor de los casos «remite». (¿Tendrá algo que ver ese uso del concepto de remisión con el que se aplica al perdón de los pecados?) Una enfermedad fea con un nombre bonito, pero que muchas necrológicas y esquelas deciden ocultar con perífrasis que suelen hablar de «una larga enfermedad». Lo que, por otra parte, a menudo es falso, pues hay cánceres con mucha prisa, que destruyen el cuerpo en cuestión de meses, cuando no semanas, impacientes sin duda por atacar a otras personas. La clientela es numerosa. Nunca falta.

También he advertido que, desde hace años, a los médicos especializados en la enfermedad no se los llama «cancerólogos», sino «oncólogos». Es un término más vago, más discreto incluso en su sonido, tranquilizador quizá. No sé por qué lo relaciono con el mundo del marisco, de la pesca a pie en junio en una playa bretona, con un poco de fresco y un fuerte olor a yodo y algas. Sí, para mí un «oncólogo» es un jubilado solitario, probablemente viudo, que se pasa el tiempo, ahora siempre libre, recorriendo las extensiones arenosas durante la bajamar, calzado con botas de agua amarillas, escudriñando los charcos y las anfractuosidades de las rocas en busca de los peces atrapados en ellas, arañando las piedras en las que mejillones, camarones y erizos se apretujan como familias de refugiados. «Oncólogo», una palabra de crucigramista o de concurso de televisión.

Durante la cena, Eugène y yo nos reímos mucho. Tal vez demasiado. Y también bebimos. Sobre todo yo. Burdeos, por supuesto. Porque a Eugène sólo le gusta el Burdeos tinto. Sin embargo, esa noche, mientras re-

gresaba a casa, caí en la cuenta de que él casi no había tocado su copa.

Nos habíamos encontrado en nuestro restaurante favorito, al que vamos desde hace años, en el noveno distrito. Me gusta la vida un poco lenta que se lleva allí. Tenemos «nuestra» mesa. Los camareros, que son tres —Michel, Gérard y Jean—, nos conocen y nos llaman por nuestro nombre, aunque nos tratan de usted. Altos, con bigote, barriga, delantal ancho y blanco y pajarita negra, tienen todo el aspecto de los camareros de *braserie*, que, como es bien sabido, son la aristocracia del oficio. Saben preparar un tartar, limpiar los filetes de un lenguado y flambear unos riñones o unas creps Suzette a la perfección. Todo tiene un cierto aire a las películas de Claude Sautet, en la etapa de *Garçon!* Siempre me ha encantado que la vida se parezca al cine.

Eugène ha pedido hígado de ternera y yo *andouillette*. Antes habíamos compartido unos puerros a la vinagreta, como hemos hecho luego con el milhojas del postre. Dos cafés. La cuenta. Para Eugène, que sólo se deja invitar una vez al año, el 28 de mayo, día de su cumpleaños.

Durante toda la cena he tenido en el bolsillo el paquete de *kreteks* que quería regalarle. He vuelto a marcharme con ellos. Y con todo lo que quería explicarle sobre los toraya, sus ritos funerarios y el árbol de los niños. Había llegado antes que Eugène. Llevaba diez minutos sentado a la mesa, en una banqueta. Gérard me había servido una copa de Rully blanco y me había felicitado por mi buen aspecto. La puerta giratoria ha empezado a moverse y ha aparecido Eugène. El mismo de siempre, con la cara radiante. Los eternos vaqueros

y la eterna chaqueta azul. Camisa blanca. Mocasines marrones. Pinta de adolescente. Melena entrecana y espesa. Me he levantado. Nos hemos abrazado y estrechado con fuerza, quizá un rato un poco más largo de lo habitual. Creo que he sido yo quien, sin proponérmelo, he prolongado el abrazo.

Eugène es mi productor y mi mejor amigo. Empezó siendo lo primero y, poco a poco, acabó convirtiéndose en lo segundo. No sé si yo soy lo mismo para él. Prefiero no preguntarme ya esas cosas. Uno nunca sabe lo que es realmente para los demás, y algunos de mis mayores disgustos se los debo a desengaños de este tipo.

Le he hablado de la isla Célebes, de sus cielos, de los caminos de tierra roja, de los bosques habitados por los chillidos de los monos, de los mercados nocturnos, del maravilloso olor de los braseros donde se asa la carne, del infinito que se refleja en los lagos, de las ancianas estadounidenses con el pelo rosa, del pequeño que se me acercó corriendo mientras yo avanzaba por un ribazo estrecho entre dos campos erizados de tallos de arroz y me dio la mano. Conmovido, se la tomé pensando que necesitaba que lo tranquilizara y lo ayudara a caminar, cuando en realidad —como comprendí más tarde— era él quien, creyéndome viejo, quería evitar que me cayera.

En el momento del millojas me he atrevido a lanzarme. Eugène no había sacado el tema en toda la cena. Parecía muy contento. Parecía hasta tal punto «el de siempre» que empezaba a preguntarme si habría soñado el mensaje del contestador.

—Dije «de los malos» para asustarte. No es de los malos. Es un cáncer normal y corriente, además de un



principiante. Seguramente un aficionado. Lo han cogido a tiempo. Una manchita en el pulmón izquierdo. Me han visto los mejores especialistas. Ninon se ha ocupado de todo. Una operación breve seguida de una quimio suave, y asunto concluido.

Ninon es la hija mayor de Eugène. Es psiquiatra. Acaba de abrir una consulta. Eugène tiene cinco hijos. De cinco mujeres distintas. El último no ha cumplido los seis años. «He tenido hijos por los dos», suele decirme. Se enamora a menudo. Y cuando se enamora, tiene un hijo.

Eugène se ha callado. Me ha sonreído. Ha cogido un trozo del milhojas con el tenedor, lo ha saboreado con los ojos cerrados y luego, señalando el plato, me ha dicho:

—Dios existe, ¿sabes? Es indiscutible.

Después ha levantado la copa y hemos brindado por Dios, por el milhojas, por nosotros, por la vida.

Eugène murió menos de un año después, el 23 de febrero de 2013. Su cáncer sí era de los malos y en unos cuantos meses se volvió aún peor. No era el principiante que él creía, sino todo un profesional que hizo su trabajo metódicamente. Un curtido asesino a sueldo. La semana anterior a su muerte, durante las visitas diarias que le hacía en la unidad de cuidados paliativos del hospital, le hablé al fin del árbol de los toraya. La morfina le distendía el rostro, hinchado por los sucesivos tratamientos. No le quedaba un solo pelo en la cabeza. Un actor italiano que le gustaba mucho le había regalado un sombrero de jardinero de paja trenzada que ya no se quitaba. A su cama con ruedas la llamaba «mi carretilla». Me escuchó con los ojos entrecerrados y una

sonrisa en los labios. Dejé el paquete de *kreteks* en la mesita de noche. Lo besé en las mejillas, que desde hacía semanas tenía permanentemente frías, como si fueran de mármol. Me sujetó con una mano y me dijo al oído:

—La muerte nos convierte a todos en niños. —Mi rostro mostraba cierta perplejidad, así que añadió—: Lo digo por tu árbol.

Fueron las últimas palabras que oí de sus labios.

Al día siguiente entró en un breve coma del que ya no salió.